



vivificados por la gracia santificadora de Dios que nos hace vencedores en la lucha contra el mal; en una palabra, estamos en el mundo pero no somos del mundo, porque nuestro origen y nuestro destino miran y se asientan en la eternidad.» (1).

Hermanos sacerdotes, en esta misión Su Obispo no está sólo, él la realiza con Ustedes en perfecta armonía con todos los fieles.

3. El Obispo, escucha la verdad y es testigo de ella.

Nos dice el Apóstol San Pablo: «Sólo predicamos la verdad... porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor» (2 Cor 4,5). Es necesario subrayar que el contenido de nuestra predicación no puede ser otro que la persona de Cristo y su verdad: «En este servicio a la Verdad, el Obispo se sitúa ante la comunidad y es para ella, a la cual orienta su solicitud pastoral y por la cual eleva insistentemente sus plegarias a Dios». (PG29).

Usted señor Obispo, está convencido de que la Palabra de Dios es la roca de la vida para cada cristiano y para toda la Iglesia y sabe que «Los fieles necesitan la palabra de su Obispo; necesitan confirmar y purificar su fe» (PG29). Por esta razón no ha desmayado en este cometido. Como Obispo tiene el deber y el derecho de orientar a los fieles que se le han encomendado. Usted ha hecho el esfuerzo de darle al pueblo el alimento de la verdad a través de la pastoral bíblica y de un vasto magisterio en sus cartas pastorales.

les.

Nosotros como obispos tenemos la misión de ser testigos de la Verdad. Frente a la situación de ambigüedad, mentiras, engaños, errores y desencantos que ofrece el mundo del que nos habla el Evangelio, estamos llamados a ofrecer la Verdad que salva, Cristo, Camino, Verdad y Vida. San Agustín comentaba con particular énfasis la necesidad de insertarse en este camino cuándo escribía: «Era necesario que él dijera: yo soy el camino, para demostrar que conociéndolo a Él conocerían el camino que creían no conocer; pero era también necesario que dijera: yo soy la verdad, para que una vez conocido el camino, no quedaría sin conocer la meta. El camino conduce a la verdad, conduce a la vida... ¿y a dónde vamos nosotros si no es a él?. ¿Y por cuál camino caminamos si no es por él?»

(in *Johannis Evangelium*, 69,2).

Por eso el Papa Benedicto XVI ha dicho categóricamente que sólo la verdad salvará al mundo.

4. El Obispo, ama y celebra la verdad.

Es necesario referirnos al papel que las celebraciones litúrgicas tienen para fortalecer el amor a la verdad. «En efecto, en este Sacramento el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad. Puesto que sólo la verdad no hace auténticamente libres (cf. Jn 8,36), Cristo se convierte para nosotros en alimento de la Verdad. En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la verdad del amor, que es la esencia misma de Dios. Ésta es la veda evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre. Por eso la Iglesia,

cuyo centro vital es la Eucaristía, se compromete constantemente a anunciar a todos, «a tiempo y a destiempo» (2 Tim. 4,2) que Dios es amor. Precisamente porque Cristo se ha hecho por nosotros alimento de la Verdad, la Iglesia se dirige al hombre, invitándolo a acoger libremente el don de Dios». (Sacramentum Caritatis 2). La fiesta litúrgica de los sacramentos, de modo especial la Eucaristía son la manifestación o epifanía del misterio porque en ellas se acepta y se ama la verdad misma. En la Eucaristía de modo particular Cristo es verdad, en ella está la presencia real de Jesús que santifica a los hijos de Dios. La liturgia educa para amar y sentir la verdad, pues quien recibe a Cristo como alimento, hace suyo todo lo que es de Cristo.

5. El Obispo, diácono de la verdad.

Tenemos que servir a la Verdad que salva, Jesucristo el Señor, si no fuéramos fieles a esta misión nos haríamos extraños a nosotros mismos, habríamos perdido el sabor (cf. Mt 5,13) y sería inútil nuestra presencia en el mundo. Somos conscientes que la búsqueda de la verdad determina nuestra existencia personal y nos habilita para dialogar con el mundo tan necesitado de la verdad.

Es por eso que el Obispo es diácono – servidor de la Verdad, de la Palabra de Dios de la cual es portador. Nuestro ministerio (magisterio) no está por encima de la Palabra sino que somos sus servidores, nos corresponden como dice la Dei Verbum: «escucharla devotamente, custodiarla celosamente y explicarla fielmente (DV 19). Por encima de nuestros gustos y tendencias está el mostrar fielmente el rostro de Cristo Señor de la historia; ninguno de nosotros está autorizado para hablar en nombre propio o para transmitir sus propios criterios, palabras o intereses personales; más bien, nuestras palabras, enseñanzas y testimonio, son para mostrar el rostro de Cristo confesarlo y darlo a los demás.

Esta tarea del Obispo es sin duda la más complicada. Hay que anunciar la verdad y el bien en un mundo de intereses encontrados y de conflictos de derechos fundamentales conculcados: «Ante estas situaciones de injusticia, y muchas veces sumidos en ellas, que abren inevitablemente la puerta a conflictos y a la muerte, el

Obispo es defensor de los derechos del hombre, creados a imagen y semejanza de Dios. Predica la doctrina moral de la Iglesia, defiende el derecho a la vida desde la concepción hasta su término natural; predica la doctrina social de la Iglesia, fundada en el Evangelio, y asume la defensa de los débiles, haciéndose la voz de quien no tiene voz para hacer valer su derecho». (PG 67).

El servicio a la verdad exige la entrega y trae consigo el sufrimiento. El Papa Benedicto XVI afirma: «la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos... Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo». (Spe Salvi 39).

Usted afirma en su novena carta pastoral: «Es, por tanto, un derecho y un deber de los fieles católicos laicos, como de todo ciudadano razonable y responsable, defender los valores y las virtudes morales naturales como son la justicia, la verdad, la libertad, la honradez, la lealtad, la solidaridad, el respeto a la persona humana, la paz, etcétera; y esta participación no puede calificarse, por ningún motivo, de intromisión de la Iglesia en el ámbito de los gobiernos, de los partidos políticos o de la educación».

Quiero concluir esta reflexión encomendada a Don Mario a la Santísima Virgen María en su imagen preciosa y milagrosa de Nuestra Señora de los Dolores de Soriano, Patrona de la Diócesis de Querétaro:

Invocamos sobre este hermano nuestro, Mario, la intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles. Que Ella, que estuvo al pie de la cruz y alentó la oración del Colegio apostólico en el Cenáculo, le alcance la gracia de ser fiel a su misión y no frustrar jamás la entrega de amor que Cristo le ha confiado. Que María, como testigo de la verdadera vida brille ante esta Iglesia de Querétaro y ante su Obispo como señal de esperanza cierta y de consuelo. Amen.

+ Rogelio Cabrera López
Arzobispo de Tuxtla

